

A NTIGUO

R ECUERDO

NEREA PANTIGA

Primera edición: Junio 2024

Del texto: Nerea Pantiga

Corrección: Sonia Manzanal

Maquetación y portada: Nerea Pantiga

Queda prohibida la reproducción o publicación del texto sin el permiso por escrito del autor.

*Si la oscuridad te ha atrapado,
lucha, pide ayuda, rodéate de
quien te quiere porque ahí está
la luz.*

¡Bienvenidos a Lellos!

1.

KRYSTAL

¿Quién podría quejarse de vivir en Nueva York? Mientras el olor rancio del metro se mete por mis fosas nasales, el pensamiento que lleva meses, incluso años, asentado en mi estómago, comienza a tomar fuerza. Nueva York es una ciudad idílica; todos ansían vivir bajo la luz de los altos rascacielos, rozar con los dedos el sueño de ser grande entre miles de estrellas. En realidad, es un paraíso de oportunidades, siempre y cuando te lo puedas costear.

Me bajo en la estación que todos los días me recibe con el cántico de varios cantautores con un gusto digno de elogiar. Al revisar el reloj de mi teléfono móvil reparo en que vuelvo a llegar tarde a la primera hora de estudio. Nada importante, no me voy a sulfurar ni a preocupar.

Hace tiempo que he dejado de dar importancia a estar en la puerta a primera hora de la mañana. El primer día que tuve ese pensamiento, la preocupación llegó a mí como un tsunami. Nunca llegaba tarde a mis tareas, siempre ansiaba ser la primera

para no perderme nada, pero cuando las cosas no están bien, nada puede salir como esperas.

Accedo al enorme edificio de la universidad con parsimonia.

Hace cuatro años, cuando conocí por primera vez cada rincón de este lugar, mi único comentario al respecto fue: ¿qué pinta este enorme edificio entre dos rascacielos? Y es que, si creía que lo había visto todo, en el instante en que comencé a ser estudiante de la carrera de economía y finanzas en la universidad oficial de Nueva York, todos mis pensamientos se fueron por el retrete.

Mi tía y yo hemos tenido varias semanas de conversaciones acerca de este hecho. Llevamos once años siendo residentes americanas, pero eso no nos salva de alucinar con lo diferentes que somos los europeos de los americanos. Aunque, siendo sinceros, mi tía sí se ha acomodado muy bien al libertinaje y a la vida rápida que tenemos en Nueva York.

Giro por un pasillo diferente al que habitualmente tomo y descubro un nuevo lienzo de los estudiantes de arte que llama mi atención. Las ganas de sacar la cámara de la mochila pica entre mis manos, pero pararme a capturar la imagen podría suponer que, en lugar de perder solo la primera hora, también lo hiciera con la segunda. Guardo en mi cabeza el recordatorio para volver y tomar el tiempo necesario con esa belleza.

—¿Eso de ahí son las sábanas pegadas a tu cara, Krystal?

Uno de mis compañeros de clase, el mismo que es el capitán de fútbol y la persona más conocida en el mundillo estudiantil, rebasa mi cuerpo mientras suelta el comentario. No es mal intencionado, o no desde que lo ayudé unos meses atrás con uno de los trabajos de estadística. Desde entonces, hemos compartido varias frases en las que él intenta ser gracioso y yo lo ignoro soberanamente.

Estudiar finanzas no es mi objetivo en la vida, al igual que la mayoría de mis compañeros. Todos hemos elegido esta carrera con el fin de que nos dé luz para nuestros emprendimientos. En

mi caso, quiero poder hacer negocio con mi pasión por la fotografía y la captación de momentos. El arte y las matemáticas no están para nada relacionados, de ahí a que mi rechazo por la universidad se incremente a cada paso.

Camino detrás de Jack pensando cómo es el aula al que me dirijo y buscando un hueco mentalmente en el que depositar mi trasero por la próxima hora y media. Mis pensamientos no pueden opacar la razón para la que estoy aquí. Tengo que sacar partido a la beca estudiantil que, aunque escasa porque solo cubre los gastos de libros, me ayuda a continuar hacia adelante.

Llegamos al aula, Jack encuentra un asiento en la última fila junto con el resto de sus amigos de equipo, mis ojos recorren las filas más cercanas a la pizarra que son las únicas libres. Nadie me guarda un hueco con una sonrisa esperando que le cuente todo lo emocionante que ha sido mi fin de semana. Aquí tampoco he conseguido encajar con nadie, aunque ninguno de ellos conozca mi pasado o de dónde provengo. La mayoría son deportistas, o provienen de familias millonarias que han criado a hijos igual de estirados que ellos mismos.

Estos últimos no son de mi agrado, ni mantengo una conversación fluida con ellos, pero debo ser realista y ser consciente de la oportunidad, como siempre me recuerda mi tía, que supone estudiar con personas influyentes. Alguno de ellos descubrieron mis redes sociales donde, además de subir todo el contenido fotográfico que creo, también cuento con miles de seguidores alrededor de todo el mundo. Les gustó el modo que capturaba la realidad, y eso me ha dado un pase directo para hacer trabajos como fotógrafa en fiestas soñadas para muchos.

«Sonreír y callar», ese es el lema que he aprendido en casa si quiero alcanzar mi sueño, y así lo hago, aunque en mis entrañas prefiera conseguir un par de amigos que varias sonrisas que me abran puertas en el futuro.

Cuando la campana de inicio de clase suena, mi cuerpo aún sigue en el quicio de la puerta sin decidir qué asiento voy a tomar.

Intento evitar el maldito sentimiento que voy conociendo al detalle. Ese calor que sube por mi garganta hasta que aprieta fuerte y me corta la respiración.

Todo ha vuelto.

Camino varios pasos hacia atrás y corro hacia los aseos cuando nadie me ve hacerlo. No puedo.

No puedo volver a encerrarme en la jaula de cristal.

La puerta del servicio se cierra con fuerza a mi paso. En cuanto la pared de ladrillo blanquecino enfría la piel de mi espalda, puedo volver a respirar con tranquilidad.

Ansiedad.

Ese fue el diagnóstico del médico siete meses atrás.

Añadió unas pastillas para que el dolor cesara y me permitiera tener una vida normal. Solo con ver la cara de angustia que se había impreso en mi tía, y todos los recuerdos que removía, las rechacé en un acto de valentía o de temeridad, nunca me ha quedado claro cuál de las dos opciones era la correcta.

Al batiburrillo de emociones que me impiden llevar una vida normal dentro de los estudios, hay que añadirle la presión de ocultárselo a la única persona que tengo en mi vida. Mi tía cree que estoy muy bien, que he superado el bache y que todo entra dentro de la normalidad. Ella, más que nadie, se merece ser feliz al cien por cien. No puedo darle más preocupaciones, ya han sido suficientes para toda una vida.

Cuando mi respiración se ha estabilizado, saco mi cámara y reviso con tranquilidad todas las capturas que hice la noche anterior. Es la única forma en que la calma vuelve a mi cuerpo y me permite ser una persona funcional. En el proceso, varias chicas entran a asearse, solo un grupo de tres llama mi atención.

—¿Vas a ir a la fiesta de mañana?

—Creo que sí, Jack me invitó ayer por Instagram y...

—Tía, tienes que dejar de hacerte ilusiones con él, no es la clase de tío que buscas.

Ay, las ansiadas fiestas universitarias.

Me recuesto aún más contra la pared mientras la tranquilidad que había encontrado poco a poco se esfuma al escuchar la conversación ajena.

Otro de mis intentos y temores: las fiestas universitarias. Había acudido en el primer año a un par de ellas; parecían interesantes, o al menos así las vendían mis compañeras más fieles. Hice el intento, juro que puse todas mis ganas, pero nada me fascinaba tanto como perderme en la noche de las luces de los rascacielos con mi cámara de fotos.

Ser una medio adulta incomprendida no ayuda a que mi cabeza asuma que el problema no es mío, sino que no estoy en el lugar adecuado.

Tener veintitrés años, estudiar una carrera que no favorece a mi salud mental y sentirme la rara de mi alrededor no es el plan de vida que imaginé con doce años cuando me mudé al otro lado del mundo.



Antes de entrar en el pequeño piso que comparto con mi tía, dibujo una sonrisa que no llega a mis ojos, pero que me permite tener acceso libre a ser una mujer muy normal y sin problemas de cara a mi único familiar cercano.

Busco la llave de entrada en la mochila y la introduzco en la cerradura. Mientras, proceso la mentira que puedo contar sobre la mesa a la hora de la cena.

No tengo que dar una vuelta de muñeca porque Holly abre la puerta desde dentro, dándome la bienvenida con una cálida sonrisa que ella sí siente.

—Estaba ya preocupada, has tardado más de la cuenta.

Desecho la idea de darle muchas explicaciones. Dejo la mochila en la percha y la sigo de camino a la cocina, donde el olor a pastel es lo único que nos rodea.

—Sí, ha sido un día intenso y me he entretenido más de lo previsto en la estación de metro.

—¿Algo que capturar? —pregunta.

—Una pelea, los rostros de las personas enfadadas son mi fascinación, ya lo sabes.

Lucho para evitar una sonrisa de orgullo mientras Holly deja que sus manos reposen sobre las caderas en un toque de enfado.

—Ya sabes que no me gusta que te metas en esos sitios, puede ser peligroso. Las fotografías de los edificios son las más hermosas.

Eso es una tremenda mentira, no hay nada más hermoso que capturar un gesto que sale sin ser meditado.

—He estado a una distancia prudencial, lo juro.

Levanto la mano moviendo los dedos en una postura africana que meses atrás vimos en una película. La hemos añadido a nuestras tradiciones cuando queremos jurar algo.

Holly deja la postura regia y vuelve a sonreír.

—Está bien, ayúdame a poner la mesa que la cena ya está lista.

Ambas nos movemos en una coreografía que hemos trabajado a diario durante los últimos once años. Más allá de los sentimientos complejos y de mi verdadero ser, mi tía y yo nos comprendemos a la perfección; tenemos una convivencia tranquila, y eso se hace evidente en todas nuestras conversaciones durante las cenas.

Para cuando los platos están ya frente a cada una, Holly hace la pregunta que todos los días deja caer sobre la mesa.

—¿Qué tal has estado hoy?, ¿ha vuelto a aparecer?

—Ha sido un buen día, ya te lo he dicho, todo controlado, como siempre.

Muestro mi mejor cara de actriz y sorbo la sopa de la cuchara que se ha enfriado en el camino de nuestra conversación. Le hago de vuelta la pregunta; es mucho más sencillo escuchar que hablar.

Holly es muy joven, no ha alcanzado aún los cuarenta y cinco años y vive una vida todoterreno en Nueva York mientras saca adelante una galería de arte con una de sus grandes amigas.

A ella le fascina esta vida, mucho más que la vida pastoril, según sus palabras, que llevábamos en Lellos.

Recordar cómo hemos cruzado el charco aún duele, y eso que la herida hace años que ha cicatrizado.

La vida en Lellos, Europa, era de lo más tranquila y apacible, aunque no para todos los miembros de mi familia. Mi madre sufrió una depresión no tratada desde el parto. Había acudido a profesionales, mi padre lo había intentado todo con ella, pero nada surtía efecto. Se sumaban las malas relaciones con los psicólogos y psiquiatras con la actitud pasiva de ella. En mis recuerdos no puedo diferenciar un amor más profundo que el de mi padre hacia ella. Lo hizo todo y más por verla feliz, aunque eso supusiera que mi cuidado cayera en manos de su hermana, Holly, durante la mayor parte del tiempo.

Había sufrido tentativas de homicidio por parte de mi propia madre en varias ocasiones, y todos lo entendían, necesitaba ayuda. Uno de esos días, nadie comprende si fue un acto de rebeldía, lucidez o hartazgo, pero finalizó con su vida de la forma más estrambótica posible. Cuando mi padre volvió de trabajar, la escena era dantesca.

Aún no había llegado el invierno en Lellos, las carreteras seguían utilizables, pero las primeras olas de frío ya comenzaban a suceder y la carretera era peligrosa por el riesgo de hielo.

Mi padre conocía cómo actuaba el equipo sanitario en esos momentos. Si no había helicópteros, nada podría salvarle la vida a mi madre, así que tomó el coche y aceleró hasta llegar al hospital más cercano.

Nunca llegaron, su destino estaba escrito contra una roca saliente y una placa de hielo adosada al asfalto.

Perdí a mis padres en un parpadeo, perdí una vida para comenzar otra.

Holly y su, por aquel entonces marido, mi tío Edur, se hicieron cargo de mi cuidado y de la empresa familiar de los Muller. Los peores momentos los pasamos unidos.

Antes de que sucediera el accidente, mi padre tenía un plan B. Un cambio de aires, salir del pequeño pueblo y volar hacia una ciudad grande que permitiera a mi madre volver a soñar y a mí tener más oportunidades. Con esa misma idea, Holly hizo las maletas. Quería que se cumpliera el último deseo de su hermano y abandonó toda su vida por mí, por mi futuro, el mismo que yo odio con todas mis fuerzas.

Durante los primeros años la adaptación fue complicada, viajábamos de visita, incluso Edur había volado un par de veces para conocer nuestra vida neoyorkina, pero nada se mantuvo en el tiempo. Holly se sintió liberada, se divorció años después, y nuestra vida anterior, nuestros recuerdos, se quedaron atrapados en la maleta que llevábamos años sin abrir, escondida en el fondo del armario.

2.

KRYSTAL

El fin de semana me alcanza sin apenas darme tiempo a procesar los cinco días anteriores. Llevo varias semanas en una rutina cansina y agobiante de la que soy incapaz de salir. Es mi día libre para hacer fotos por la ciudad, pero la cámara lleva un par de días dándome problemas con el objetivo y no soy capaz de resolverlo por mí misma. Hago una búsqueda rápida por internet y descubro que, no muy lejos de nuestra manzana, hay una tienda especializada en cámaras analógicas, así que mi objetivo del día, o el primero de ellos, es dirigirme hacia allí. Si tengo que dejar la cámara en reparación, es mejor transportarla en su bolsa particular, por lo que dejo de lado la mochila que llevo habitualmente como bolso y busco en el armario la de mi pequeña cámara.

Cuando salgo por la puerta, mi tía está en una reunión telemática. No me preocupo por darle explicaciones; ella mejor que nadie conoce mi afición. Si me necesita, hará una rápida llamada.

El camino hasta la tienda se me hace más lento de lo que esperaba, las distancias en esta ciudad son lo peor.

Vislumbro el letrero que previamente había memorizado en internet y accedo con la esperanza de que el problema sea lo menos costoso.

Media hora después descubro que la mujer responsable de la tienda de cámaras resulta ser toda una mina de sabiduría. Es una aficionada a cambiar configuraciones, probar planos y regalar consejos útiles.

Me quedé tan fascinada con ella que, cuando salgo por la puerta con la cámara arreglada y una sonrisa impresa en mi cara, ni me percaté de que llevo más de dos horas dentro y que, además, todo el tiempo he tenido el teléfono en silencio. Es cuando tengo que buscar una ubicación y el peso de la realidad cae sobre mis hombros.

La pantalla evidencia que Holly ha intentado ponerse en contacto conmigo en diez ocasiones, todas fallidas. No es una práctica habitual en ella; más allá de nuestro pasado, la educación con ella no se ha basado en el control. Antes de poder dar un paso más, le devuelvo la llamada. En el primer tono, su voz ocupa toda la línea.

—Krystal, ¿estás bien?

Parece nerviosa.

—Sí, ¿ha ocurrido algo?

—No —duda—, o creo que no. Ven a casa cuanto antes, por favor.

Esa súplica también es muy poco usual en ella. Dejo todos los planes de lado y cojo la primera línea de metro que me llevará de vuelta a casa. El trayecto dura apenas diez minutos, en todos esos instantes un pensamiento fúnebre se me viene a la cabeza. Tengo miedo de volver a revivir pesadillas en cada paso que doy en la vida.

La mirada de mi tía en cuanto cierro la puerta de nuestro hogar augura problemas, y problemas serios. No tengo que

preguntar, ella simplemente levanta el bote de pastillas. Son las mismas que rechacé cuando acudí al médico con ella, y que hace unas semanas compré en una farmacia para comprobar si me ayudaban a aliviar la carga.

—¿Qué es esto, Krystal?

No es una mirada de reproche, aunque en su voz sí hay un tono de dolor. Imagino lo difícil que es para ella revivir todo lo que sucedió con mi madre, de ahí que siempre le quite importancia delante de ella.

No me gusta lo que estudio, mis problemas se quedan ahí, nada más.

Tengo lo que muchos de mis compañeros llaman, entre risas, una crisis existencial en medio de la vida adulta.

—No está abierto. Y no es mío, se lo estoy guardando a una compañera de clase que tiene problemas.

La rigidez de mi tía se eleva, y todo su semblante cambia.

—No estás en el instituto para esconderle cosas a nadie; no tienes amigas en la universidad, y llevo un par de semanas siguiendo tus pasos. Tenemos que hablar, sin medias tintas. Deja la careta junto al abrigo y ven a la cocina.

Trago saliva con fuerza. Las piernas me tiemblan. Para ser sincera todo mi cuerpo tiembla. No quiero encerrarme en una terapia que me desinhiba de quién soy, de lo que quiero hacer. No me quedan muchas asignaturas para finalizar los estudios; en apenas unos meses, como mucho un año, mi negocio fotográfico será rentable, podré implementar todo lo que he aprendido en mi paso por la universidad y...

Camino resignada hacia el lugar que mi tía me ha indicado. Ella ya está sentada, el bote de pastillas sobre la mesa, en medio de las dos sillas que se sitúan frente a frente. Cojo fuerzas para quedar cara a cara.

—Tienes problemas que no me has contado.

No es una pregunta, es una afirmación. Y mi silencio lo único que consigue es reafirmar sus pensamientos.

—Sé que me estás evitando un disgusto, pero te prometo, Kryss, que la mentira es el mayor de los disgustos que me puedes dar.

Está a punto de romperse, por eso extiende la mano derecha para poder aliviar su dolor. No tarda en apretarla fuerte. Siempre hemos estado solas ante el mundo, nuestro mundo; este bache será superado en el siguiente parpadeo.

—Lo siento, lo siento mucho, Holly. Las cogí en un momento de debilidad, pero no he ni abierto el bote. —Freno mi discurso para bajar la voz por la vergüenza que siento al decir lo que estoy a punto de soltar—. Me daba miedo repetir errores, hacerme adicta y perder mi libertad.

Holly asiente, aunque es un gesto para intentar evitar que las lágrimas inunden sus ojos. Falla en el intento.

—Sé que la vida aquí no es para ti, pequeña. Tú no eres como yo, Krystal. Te gusta la vida tranquila, odias las aglomeraciones y no te encuentras cómoda en la rutina que has tomado. Lo sé, y he sido una egoísta haciéndome la loca sin poner los problemas sobre la mesa.

—Ey, Holly, eso es mentira. Yo no odio nuestra vida, solo ha sido un tiempo difícil. No es cuestión de encontrar culpables.

Aunque vuelve a asentir, mis palabras no calan hondo en ella.

—Quiero ayudarte. —Cambia el talante a otro más duro. Quitata la mano que no sostiene la mía de su boca y se pone más cómoda en la silla—. Necesito hacer las cosas bien contigo.

Esa ha sido la frase de mi vida.

No es el momento de rebatir. Mi tía está angustiada, se la ve presionada, y es lo que menos quiero: más problemas para los demás por mi culpa.

—¿Y qué propones? —planteo con una fuerza que no siento.

Medita sus palabras, pero un gesto, el simple acto de mover el mechón que siempre decora su frente hacia atrás, rodeando la

oreja, me indica que lo que va a decir no es un impulso, sino un acto premeditado y pensado al detalle.

—Que vuelvas al origen. Allí hay calma; allí puedes encontrar recuerdos bonitos que te den luz para volver con fuerza.

Rompe a llorar antes de poder acabar el discurso.

Odio ver a los demás llorar, es como el vomitar, mi cuerpo repite la misma acción como un espejo.

Me levanto con lágrimas en los ojos para abrazar a mi tía con fuerza.

Volver a Lellos. Mi casa, mi origen.

Pocas cosas quedan de esa primera vida allí. Mi familia tiene una empresa desde hace años. Tras la muerte de mi padre, he heredado la mitad de ella; la otra mitad la tiene Holly; sin embargo, es su exmarido, el tío Edur, quien se hace cargo de ella ya que es el único que vive allí y conoce todos los rincones del paraje.

También cuento con una casa de menor tamaño que ha sido alquilada años atrás a una familia condal.

No hay nada más. Bueno, sí, el tío Edur, pero los años han hecho mella en nuestra relación y apenas hablo con él. Lo hago solo en las fechas señaladas, donde siempre tengo una llamada por su parte invitándome a volver, o por lo menos a visitarle.

Al principio, fue sencillo. Holly y él mantenían un contacto estrecho, incluso después del divorcio. Eran dos personas totalmente opuestas; Holly es puro fuego, mientras que Edur es un hombre tranquilo y de tradiciones. Desde que se volvió a casar las cosas entre ellos se han tensado, ya no comparten llamadas telefónicas más allá de las necesarias respecto a la empresa.

Es una locura, una auténtica locura lo que me plantea Holly. Si me siento sola en casa, ¿cómo voy a conseguir recuperarme en el lugar donde todo ha comenzado y que, además, está aún más desértico?

Me separo de su cuerpo, y un hipo nervioso toma mi palabra. ¿Y si mi tía tiene razón?

¿Y si así puedo aliviar el peso del pecho y el que acabo de depositar sobre ella?

Ambas nos volvemos a fundir en un abrazo.

—Medita la idea, ¿vale? —me dice mientras la aprieto con fuerza entre mis brazos.

Solo soy capaz de asentir.

Esa noche, el sueño nos pilla en el sofá de nuestro apartamento, viendo una película de comedia romántica y callándonos nuestros miedos más profundos. Cuando la luz del sol me despierta bien entrada la mañana, el cuerpo de mi tía no me acompaña en el mullido mueble, en cambio, hay una nota y un billete de avión.

“Hazlo, no lo pienses más. Cubre todas las posibilidades antes de que la oscuridad lo haga por ti”.

Reviso el billete con manos temblorosas. Parece que dentro de dos días volveré al valle de Lellos.

3.

KRYSTAL

Lo que ayer, en un principio, me parecía una idea un tanto descabellada pero adecuada, hoy me está volviendo loca. No tengo ningún acto al que acudir como fotógrafa, solo lo he hecho en ocasiones muy puntuales. Esto no quita que mis seguidores en redes sociales, especialmente en Instagram, me sigan por el simple motivo de ver otra cara de Nueva York, de sentir la ciudad cerca aunque estén tan lejanos que ni siquiera la puedan ubicar en el mapa.

Cambiar la ubicación podría echar por tierra todo en lo que he trabajado, los cimientos de mi proyecto. Lellos es bellissimo, pero es pura naturaleza, no hay rascacielos, ni vida idílica.

Busco desesperada todas las tarjetas de memoria que he acumulado con los años. Lo mejor sería hacer un buen porfolio con todo mi contenido y dejarlo programado hasta que vuelva. Holly no me ha puesto fecha, pero dudo que esté más de un mes.

Mi cabeza niega, dándome la razón a mi propia pregunta, y la ansiedad desacelera unos pasos. Mientras busco más tarjetas

de memoria en los armarios de mi habitación, me encuentro con la maleta que, aunque aún no está hecha, es el último de mis problemas. Meteré toda la ropa de invierno y listo, tampoco me preocupa mucho mi aspecto físico en mi día a día. Ya no, por lo menos.



Nunca antes dos días me habían transcurrido en un salto de tiempo tan efímero. En un momento estoy recogiendo el billete de avión, y al siguiente estoy cenando con mi tía por última vez antes de cometer la mayor locura que he contemplado en los últimos once años de mi vida.

La cena se basa en una sopa con fideos al más puro estilo oriental, pero con un toque que solo Holly sabe ponerle.

—Oye, Holly, ¿crees que...?

Corto la pregunta en cuanto su mano suelta con un fuerte golpe la cuchara sobre el plato y comienza a temblar, ocultando su cara tras las manos en una posición de defensa.

—Prométeme que volverás más fuerte.

Trago saliva. No le puedo prometer eso ni a ella ni a mí misma, pero aun así lo hago mientras corro a su lado.

Mientras la abrazo, busco alguna broma para quitarle un poco de hierro al asunto.

—Has sido tú la que me ha echado de casa —mi risa sale vacía—, ¿es que tengo que volver?

Las manos de mi tía vuelan de su rostro para enseñarme que he conseguido mi objetivo, le ha hecho gracia. Explora una unión conmigo y le tiendo mi mano. La aprieta sin pensarlo. Siempre hemos sido más de actos y pequeños gestos que de hablar de nuestros sentimientos. Ella quizá tenga miedo a mi reacción y yo a la suya.

—El tiempo que necesites, ¿vale?, pero te quiero de vuelta, a la verdadera Krystal, no soporto verte así.

Y yo no soporto que ella esté preocupada por mí. No es tan importante, todo se basa en que no me gusta la universidad, una vez tenga mi proyecto en marcha iré de maravilla, ¿no? Ahí está la eterna duda de mi cabeza. ¿Y si no consigo salir del bucle como le pasó a mi madre?

—Te lo prometo —le respondo a Holly mientras aprieta fuerte nuestro agarre.

Y si algo tenemos los Muller, es que nunca faltamos a una promesa.



La llegada al aeropuerto está marcada por la temprana hora y también por los nervios de ambas. Ser precavida con el tráfico en una ciudad como Nueva York es jugar un pulso con la suerte porque, aun con horas de margen, casi pierdo el primer avión.

En la entrada acristalada apenas hay pasajeros. El furor y las visitas por Navidad aún no han llegado con fuerza, pero el frío sí, así que las únicas personas que caminan temprano por las inmediaciones del aeropuerto están refugiadas en las salas cálidas. Holly no puede acudir a ellas, debe dar la vuelta en esa locura de carretera para llegar al trabajo.

Busca algo en su bolso y saca una pequeña bolsita que me tiende con rapidez.

—Es una tarjeta para el teléfono móvil. Es la única que te funcionará allí, así podrás llamarme. Hazlo, por favor.

Asiento rápidamente para rebajar sus nervios.

—Edur me ha comentado que las cosas allí están un poco más frías. Ha caído una gran nevada y se prevé que ya estará solucionado para cuando llegues, pero, por favor, extrema todas las precauciones.

Mis tíos, aun con sus diferencias, siguen manteniendo un contacto habitual con temas de la empresa. Había supuesto que con mi reciente viaje esas comunicaciones se hubieran in-

crementado, pero no deja de sonar extraño escucharlo de boca de Holly como un acto cotidiano.

Aunque la curiosidad pica en mi pecho, no le pregunto a mi tía lo que siente al saber que voy a volver a casa, a su casa, con su exmarido, y a la que fue su vida. Me da un fuerte abrazo y se despide antes de que las lágrimas, que ya han surcado sus ojos, se derramen por las mejillas.

—Ten cuidado y mantente en contacto.

—Lo haré. —Holly cabecea ante mi respuesta—. Haré todo lo que esté en mi mano.

Asiente de vuelta pero con otro toque de ilusión. Ha entendido lo que esconden mis palabras. No solo voy a procurar llamarla todos los días, también voy a intentar buscar mi rumbo, aunque sea a más de seis mil kilómetros de distancia.



El avión abre sus puertas sin retraso.

Me ha tocado el asiento de la ventanilla y he elegido una música relajante para cuando llegue el despegue. La sensación de vértigo ante la velocidad lleva años instaurada en mi estómago, y hace mucho tiempo que no me subo a un avión. Tengo la suerte de tener un compañero que se duerme antes de que apaguen las luces.

Pego mi frente a la ventana y respiro hondo.

Cierro los ojos cuando el avión corre por la pista. Hay un suspiro encogido entre los pasajeros que acaba cuando las ruedas del avión se despegan del asfalto.

Abro los ojos en ese instante y experimento una mezcla de pánico y libertad que desconocía.

Aterrizamos varias horas después en Londres sin ningún tipo de problema, tengo margen para cambiar de terminal mientras releo uno de mis libros favoritos. El segundo avión con destino a Suiza también sale a la hora, por eso cuando descendo del

avión más de doce horas después, ni yo misma me creo la suerte que he tenido.

4.

KRYSTAL

Debí haberle hecho caso a la frase que mi tía siempre repite «*todo lo que parece demasiado bueno no es real*».

La cinta del aeropuerto lleva escupiendo maletas desde hace diez minutos. Los pasajeros, incluso los que han viajado conmigo desde Nueva York, ya han recogido sus pertenencias y se han ido con una sonrisa.

Todo viajero tiene miedo a este momento.

Sigo esperando tranquila, la cinta aún mantiene movimiento.

Cuando ninguna maleta circula por ella, frena en seco su marcha y la pantalla, en la que se diferenciaba el origen del vuelo, pasa a lucir un cartel de: *cerrado*.

Un sudor frío se instaura en mi frente. Debe de ser un error. Espero paciente, o lo más paciente que puedo, a que la recepcionista de la aerolínea con la que he volado me aporte una solución porque el tren que me llevará a Lellos sale en menos de veinte minutos.

—¿Tiene la pegatina que se le entregó cuando dejó la maleta en Nueva York?

—Sí, claro.

La he pegado en la funda de mi teléfono móvil para no perderla. Según mi tía, esa pegatina es la salvación de muchos y la muerte de otros tantos. Recordar sus frases épicas no me está ayudando en estos momentos.

Borro a Holly de mi cabeza y me centro en los dedos de la mujer que teclean el código con énfasis.

—Ha habido un error en el transbordo y la maleta figura atrapada en Londres. Tendrá que esperar un par de días, pero la aerolínea se la hará llegar a su hogar, si así lo desea.

—No, eso no es posible, no tengo más ropa que la que llevo y ahí fuera hace un grado bajo cero.

—Lo siento, señorita, no le puedo aportar otra solución.

Esto es increíble, pienso mientras la mujer pasa los papeles a la espera de que le dé una dirección a la que enviar mi maleta.

Busco la dirección que tengo de Edur y se la entrego sin hablar. No llevo muy bien el conflicto, mi lengua suele atorarse para perdición de mi cabeza que tiene voz propia en estos instantes.

La mujer me sonrío a modo de disculpa y cambia la atención al siguiente pasajero.

Reviso mi atuendo. Pantalones holgados y cómodos para el viaje, una camiseta fina de manga corta y una sudadera. En la mochila he guardado una chaqueta para el frío y calcetines. Todo lo que no ha entrado en la maleta. Nada de todo esto me puede ayudar a salvar los siguientes días.

La ropa fue importante para mí en algún momento, verme guapa en el espejo... Hace tiempo que lo dejé olvidado en un segundo plano. Sé que mi apariencia se siente entristecida como mi alma. En cuanto llegue a Lellos utilizaré la ropa de mi tío hasta que lleguen mis pertenencias. Drama salvado.

Camino con menos gracia hacia la estación de tren. Antes de subir al vagón tengo que sacar la chaqueta de la mochila. El frío de Nueva York por esta temporada es intenso, pero nada como el gélido tiempo de mi país natal.

—¿Puedo revisar su billete, señorita? El tren está a punto de llegar a la estación.

Hacía tiempo que había olvidado el carácter más distante y serio que impera aquí.

—Claro.

Antes de que pueda leer el código QR, el tren acristalado llena el andén. He tenido suerte, viajo a media tarde; el atardecer será increíble, y los cristales tanto en el techo como en los grandes ventanales de cada vagón facilitarán que las vistas me permitan capturar más de un momento.



No me escondo al admitir que apenas he estado cinco minutos en mi asiento antes de perderme por cada vagón, explorando los rincones con la cámara en la mano. Había olvidado lo que se siente al viajar en medio de la naturaleza. El metro de Nueva York no es ni remotamente similar a las vistas que se despliegan ante mis ojos. Grandes laderas, decoradas con espesa nieve, mientras el habitáculo en el que viajo cruza puentes y lagos congelados.

Los colores de este lugar son especiales.

Estoy concentrada en uno de los tonos que más destaca, el verde grisáceo de los pinos nevados, cuando la megafonía interrumpe todos mis pensamientos.

Sentimos informar a los viajeros que una de las vías ha sido inutilizada por un desprendimiento de nieve. El viaje se retomará en cuanto sea posible. El equipo técnico les ofrecerá una solución en la siguiente parada.

¿Una solución? ¿Tendré que dormir en un tren con techo acristalado? Mi emoción se rompe como una burbuja de jabón cuando nos indican que, todos los viajeros, deberemos evacuar el tren por precaución. Seremos ubicados en un pequeño hotel de las inmediaciones.

Morir aplastada por una avalancha de nieve no es mi plan ideal, pero habría sido muy guay poder captar el baile de las estrellas tras esos cristales.

Subo el gorro de la sudadera hacia mis orejas cuando pongo mis pies en la fría nieve y camino con el resto de pasajeros. Eso sí, con el aliciente de que yo no tengo que cargar con una pesada maleta a través de ese tedioso camino.

El desembarco de los vagones no es para nada caótico, nada comparable a la vida frenética que transcurre bajo tierra en el metro neoyorkino. Darme cuenta de ese simple detalle se siente como una bocanada de aire, aire gélido, pero aire puro. Estoy tranquila dentro del drama, que no es poco.

Ese recordatorio me lleva a darme cuenta de que no he avisado a mi tío de lo que ha sucedido.

—Por aquí, por favor.

Un hombre de mediana edad, con el logotipo de la empresa de trenes impreso en su chaqueta, nos indica la pequeña cabaña que se ve a lo lejos. No es de gran tamaño, pero mucho más de lo esperable para estar en medio de la nada. Aunque la luz ya ha bajado y no todo el paisaje puede ser captado por mis ojos, no hay ningún alma perdida por este entorno más que los animales, la naturaleza y la nieve.

Froto las manos por instinto.

Cuando nos acercamos a la casa que hace de hotel, me doy cuenta del pequeño detalle que había pasado por alto. La forma del edificio simula un barco en medio del bosque nevado, es... simplemente impresionante. Busco la cámara con rapidez.

Capto cada detalle mientras todos mis compañeros de viaje entran en el lugar.

Soy la última en acceder al calor del interior y, para mi sorpresa, no está deshabitado, sino que hay varias personas sentadas tomando un café y cenando. Tendrían que estar trabajando y verse en la misma situación que nosotros por culpa de la nevada, porque para mi cabeza no entra la posibilidad de que alguien desee dar un paseo hasta aquí para tomarse un café, y eso que veo cada día muchas peculiaridades.

Un hombre cuando ve que entramos al local nos sermonea con el modo en el que se va a proceder: el tren no podrá activarse hasta que se limpien las vías, y eso podría llevar horas. Lo mejor es que nos acomodemos en las habitaciones libres y tomemos un caldo caliente para dejar atrás el frío.

Asiento con ímpetu sin abrir la boca. No he notado el pinchazo en el pecho desde que hemos despegado de los Estados Unidos. Lo he achacado a las pastillas de Holly para dormir durante el trayecto, pero quizá salir de mi zona de confort me está sirviendo más de ayuda de lo que yo creía.

Cuando el hombre da por finalizado su discurso, rebusco de inmediato el teléfono para poner en sobre aviso a mi tío. Los primeros tonos secos y sin contestación tensan mi cuello. Suelo evitar esta vía de comunicación siempre que es posible, me resulta incómodo no ver a la otra persona, tener que entender sus silencios, sus respiraciones, o el modo de expresarse con la voz. Hablo lo justo con Holly y solo en situaciones cruciales, en esta ocasión hay que sumarle que Edur es de pocas palabras y que la conversación se puede poner tensa y...

—¿Krystal? —mi tío me saca de mis nerviosos pensamientos.

Le explico lo que ha sucedido atropellando mis propias palabras y, para mi sorpresa, él me responde con una seguridad pasmosa porque ya conocía todos los detalles. Para ser exactos, tiene mucha más información que yo.

Por sus indicaciones nos hemos quedado atorados muy cerca de Lellos, justo donde la carretera y las vías rompen la montaña.

—Ten cuidado, hace muchos años que no vives este temporal y la nieve puede ser peligrosa.

Contengo a mi lengua viperina, la misma que puede indicarle que en Nueva York nieva y que, por tanto, he venido preparada para el frío, o por lo menos, mis pies están cubiertos, mi ropa ya es otra batalla.

—Sí, lo tengo controlado.

—En la posada hay alguien esperando por ti para llevarte a Lellos. Se llama Colden, ha sido una maravillosa coincidencia, él podrá indicarte mejor todos los detalles. Ahora te tengo que dejar, algo está pitando en la cocina y creo que es mi cena.

Sin darme tiempo a reaccionar, la línea se corta y vuelve el pitido seco incesante.

Colden.

Solo tengo un nombre pero, si él conoce de mi existencia, ¿vendrá a buscarme, no?

Echo un vistazo a todas las personas del local. Más allá de los viajeros, hay dos hombres charlando en la barra, una mujer y su hijo en una de las mesas y un joven revisando facturas con el dueño del lugar. ¿Dónde está mi rescate?

5.

COLDEN

No entiendo en qué maldito momento una neoyorquina pija puede ser la solución para los problemas de la empresa Muller, pero si Edur cree en ello, así se hará.

Iba a recoger los paquetes de esta semana cuando recibí el aviso de la gran nevada.

Están siendo días complicados. Ninguno esperaba que varias zonas se vinieran abajo con el peso de la nieve. Todo está relacionado; en los últimos años hemos perdido masa congelada, y eso ha transformado la vegetación que crece en zonas donde miles de años atrás era impensable.

Si el negocio ya funciona mal, en ciertas épocas del año es casi imposible llegar a todo. Tenemos los caballos que tenemos, y el personal experto brilla por su ausencia. Eso solo se resume en tener que hacer más viajes turísticos y menos rescates, con la diferencia de que unos dan dinero y los otros lo quitan.

El agobio de Edur lleva siendo evidente para mí desde hace un par de meses. Lo he ayudado en todo lo que he podido, pero

hay asuntos que se escapan a mi control, de ahí que el pobre hombre vea con tan buenos ojos la llegada de una de las dueñas que, para más énfasis, está estudiando finanzas.

En cuanto el aviso me alerta, le hago llegar mi ubicación a Edur que no duda en darme la razón con mi plan. Lo mejor es pasar la noche en el refugio de George y, cuando el frío de la noche vuelva a congelar la nieve, ponerme en marcha a primera hora de la mañana.

He cantado victoria antes de tiempo porque, aunque él haya dado el visto bueno a mi plan, no voy a estar solo. A pesar de todo, voy a tener que compartir el todoterreno con la princesa porque ella también se ha visto atascada en el mismo lugar.

No hace falta que Edur me dé una descripción detallada de la mujer que voy a buscar, la conozco al dedillo, tengo que ver su cara en las imágenes que adornan el despacho y la casa de mi jefe.

¿Será su voz similar a la de las Kardashian? Son las únicas pijas estadounidenses que tengo en mente.

Llego antes de que oscurezca y dejo mis pertenencias en una de las habitaciones que tienen reservadas para el equipo de rescate. Las camas no son tan cómodas como las de los huéspedes, pero están bien para mí.

El propio George, el dueño del local, en cuanto me ve aparecer me anima a acompañarle en una de sus tareas. Ha perdido las gafas de ver y lleva días sin poder mirar las facturas.

—Ayuda a este viejo y deja ese entrecejo para otros.

Conozco a George desde que era un crío que visitaba la zona con la ilusión de descubrir nuevos parajes.

—Solo me utilizas a tu conveniencia.

Resopla con gracia mientras yo retiro el gorro y dejo que el calor de la habitación caliente mi cerebro.

—Deja de ser dramático, no te pega.

Sonrío para darle la razón y me enfrasco en el montón de papeles que decora la esquina de la barra del bar.

Al poco tiempo, George anuncia en un perfecto francés la llegada de varios turistas. Por esta zona muchos prefieren no ser entendidos en sus conversaciones privadas, de ahí a que siempre se anuncie en el idioma local la llegada de los turistas.

La multitud enfría el lugar en apenas unos segundos. Algunas caras están descompuestas, más por el trayecto que por el frío. Echo un vistazo prestando la atención justa, aunque haya entrado la última, no me resulta nada complicado diferenciarla entre la multitud.

Pelo rubio albino, tratado en una peluquería de postín porque ni los lugareños lucimos ese tono casi blanquecino, ropa acorde a la moda aunque con un gusto un tanto extraño. Lo atribuyo a la moda del otro lado del mundo que siempre me ha parecido un tanto rancia e inexplicable. A su favor, me sorprende que sus botas estén adecuadas al temporal que tenemos por aquí.

En cuanto entra de lleno en el lugar y la luz se posa sobre su cuerpo, cualquier duda se evapora. Mientras ella retira con delicadeza el gorro de su sudadera, los ojos, de un tono azulado eléctrico, repasan todo su alrededor y como un acto reflejo, lleva una de sus manos a la cámara que cuelga de su cuello.

Lo que me faltaba, una turista entrometida que quiere capturar todo a su paso para luego alardear en redes sociales.

Invoco a todos los dioses para que me entreguen paciencia, más cuando reparo en que sus facciones la hacen lucir mucho más joven de lo que recordaba. Evito que esos ojos de corderito perdido en la noche remuevan algún tipo de caridad en mi estado de ánimo y continúo con lo que tenía entre manos, que es mucho más interesante. Ya mañana, cuando tenga que salir de aquí con el paquete a cuestas, la avisaré de que me tiene que acompañar.

El indiscutible clic de una cámara de fotos me saca de mis pensamientos cinco minutos después. La princesita no solo ha pasado por alto la intimidad de todos los que la rodeamos, sino

que ocupa el centro de la habitación para hacer fotos del techo decorado del que tan orgulloso se siente George.

—No vaya a ser que se le quede algo sin inmortalizar y se lo pierdan sus amiguitos de ciudad —susurro para nadie pero con la intención de descargar la furia que se ha instalado en mi estómago.

Durante los siguientes minutos el pecho de George se infla como un pavo ante la actitud de la muchacha. Para él es importante que los de fuera opinen que su casa es bonita, y es entendible, aunque para mi cabeza solo hay zonas rojas de malhumor.

Cuando finaliza el reportaje fotográfico se acerca a la barra y pide alguna recomendación para comer.

El francés que utiliza deja mucho que desear y, aunque a mi cabeza llegan las palabras de Edur en las que me indica que no haga juicios previos antes de conocerla, fallo en el intento.

Alguien que borra sus orígenes no es una persona que pueda tener una buena relación conmigo.

6.

KRYSTAL

El calor me abraza en cuanto quito el gorro de la cabeza. Destenso todo el cuerpo que había sufrido el espasmo de hacerse un ovillo para evitar el frío. La posada es una auténtica maravilla perdida en el bosque, hasta los techos son una obra de arte de la que he dejado constancia en mi tarjeta de memoria.

Me acerco hacia la barra, ya que todas las mesas han sido ocupadas, y mi estómago ruge como si tuviera vida propia. Llevo varias horas sin comer y no he estado tan nerviosa como esperaba para que se me cerrase el estómago.

El hombre, al que uno de los comensales llamó George, torna su atención hacia mí y me hace la pregunta silenciosa para conocer qué quiero pedir para cenar.

—¿Tienes algo que sea rápido de hacer? Me muero de hambre. —Señalo la enorme carta y me indica dos platos marcados como «especialidad de la casa».

—Ahora mismo doy la orden en cocina. Acomódate y yo haré el resto.

Tendrá la misma edad que Holly y Edur, eso me lleva a preguntarme si se conocerán. El lugar no debe de estar muy alejado de Lellos, y por allí la empresa de caballos es muy conocida, o por lo menos en sus mejores tiempos... Cierro la puerta a mis pensamientos cuando el plato de comida caliente se posa delante de mi cara. Guau, eso ha sido en tiempo récord.

Vuelve a sonreírme con sinceridad.

—Veo que te ha gustado la cúpula pintada.

Agradezco que deje el francés y vuelva al inglés. Llevaba tantos años fuera de Europa que he perdido el oído y el tono para pronunciarlo bien. Holly ha tenido serios problemas para adecuarse al inglés, siempre lo había rechazado cuando vivía en Lellos y después, por mi culpa, se ha visto obligada a aprenderlo. Desde que llegamos a Nueva York entre nosotras nos comunicamos en la lengua más empleada en Estados Unidos.

—¿Ha sido pintada a mano?

Mientras el tenedor se funde en las verduras fritas que tengo delante, el dueño del local narra toda la historia que explica su obra de arte. Es reconciliador encontrarse con otras personas que expresan sus emociones sin prisas, haciéndote partícipe de lo que ellos sienten como importante.

Mis sonrisas son tales que no me doy cuenta de que he pasado por alto un acompañante en la barra. Se trata de un chico, pero no puedo verle la cara, está observando con determinación unos papeles.

—¿Y de dónde vienes, niña?

—De Nueva York, pero he vivido parte de mi vida aquí. Quizá conozcas a mi tío, trabaja en Lellos, bueno, a decir verdad trabaja y vive allí.

Hablar de Edur sin que él esté delante es un poco extraño porque siempre he tenido la sensación con él de que no lo conozco ni un tercio de lo que es.

—Todos nos conocemos por aquí, ¿cómo se llama?

—Edur.

Los ojos del hombre se amplían en un movimiento de alegría y sorpresa.

—Espera, ¿tú eres Krystal Muller?

Los sentimientos de alegría y emoción se trasladan a mi cuerpo. No soy una persona muy sociable, pero haber cruzado medio mundo y que alguien me conozca por mi nombre es... algo indescriptible.

Como un calor de felicidad que se instaura en mi pecho después de sentirme invisible la mayor parte de mi vida.

—Sí, he venido a visitar a mi tío una temporada.

—Pero ¡qué alegría!

Sonríe con verdadera sinceridad y rellena de forma sistemática el vaso de agua que ya está medio vacío. Revisa que esté de acuerdo con su movimiento y se fija en el chico que lleva desde el comienzo de nuestra conversación en la esquina. El pecho del hombre se vuelve a inflar, pero esta vez su atención no se posa en mí.

—Colden, ¿cómo no me has avisado que estaba aquí tu invitada?

El chico retira la mirada de los papeles y la posa sobre mí. Había estado preparada para este momento, al menos, me había creado una película más sencilla que la que se estaba desarrollando, porque mi querido tío no había especificado que el tal Colden no era un trabajador cualquiera, sino su hijastro.

Tras la separación de Holly y Edur, este último se había vuelto a casar años después con una mujer que tenía seis hijos. Holly me había dado pocos detalles, pero entre los que había lanzado conocía que «Edur ya podía tener los hijos que ella nunca le dio».

La información que rescaté de mi tía es que el mayor de todos, el ayudante de mi tío en el Rancho, era un chico ya mayor, no se trataba de un niño, incluso contaba con un año más que yo. Nunca le había puesto cara, un poco por respeto a Holly y también porque Edur nunca se refería a su nueva familia. En las

ocasiones que hablaba conmigo, todo se centraba en mi vida, nunca en la de él.

Conocía que la mujer de Edur había fallecido dos años atrás a causa de un cáncer terminal, hubiera sido un momento adecuado para visitarlo, pero la universidad estaba en su pleno apogeo y él me indicó que no era una buena idea. Entendí que no me querían aquí y lo acepté.

Los ojos verdes del chico contrastan con el tono pálido de su piel y con su pelo castaño casi rubio. Sus facciones no destacan con el resto de los habitantes de la zona, sin embargo, la poblada barba y su aspecto físico trabajado, sí que crean una diferencia con los lugareños que lucen cuerpos más frondosos.

En lugar de encontrarme con una mirada cálida o una bienvenida educada, esos ojos verdes se convierten en dos rayos láser que borran toda la comodidad que había desarrollado con George.

—No es mi invitada.

Es lo único que dice antes de volver su atención a los papeles.

George me hace una mueca para quitarle hierro al asunto y mueve los labios para darme a entender que tiene mucho trabajo. Ni en quinientos años me hubiese imaginado esa bienvenida por su parte.

El hijastro de Edur, que así es como lo conoce Holly en casa, había ayudado en la empresa Muller desde muy joven. Es más, es uno de los trabajadores que están en la plantilla como fijo.

La empresa es de mi propiedad, mía y de mi tía, y ninguna de las dos llevamos el peso de ella como Edur. Solo puedo estar agradecida con las personas que la cuidan como si fuera suya propia, por eso, borro el comentario de Colden y su (no) bienvenida, y voy a hablar con él para mostrarle mi agradecimiento y presentarme por mí misma, sin George como intermediario.

Sus ojos rápidamente se posan en mi atuendo evitando que nuestras miradas conecten más de la cuenta. Lo puede mante-

ner por poco tiempo, porque me quedo a la espera de que finalice y comienzo a hablar.

—Estoy encantada de conocerte, ¡al fin, después de tantos años!

Colden mantiene su rostro perfecto sin movimiento.

—No voy a ser agradable.

—Entiendo.

El ímpetu va saliendo de mi cuerpo a pasos agigantados. Parece que el muchacho no quiere colaborar.

—Y conmigo puedes olvidar esa sonrisa falsa. No somos familia, no tienes que agradarme.

—Ya. —Voy entendiendo por dónde van los tiros. Llevo sin pisar mi casa desde hace once años, si no lo conocía era porque no había puesto intención de mi parte.

—¿Y cómo está la zona? Edur me comenta pocos detalles, ya sabes que es de pocas palabras.

A mí tampoco me gusta hablar. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo por dejar atrás la timidez y el respeto que me da enfrentarme a algo que los demás ven tan simple: la sociabilidad.

No sé en qué momento mi cabeza pensó que era una buena idea tratar a Colden como alguien conocido, pero sin duda me equivocaba. Su cabeza, gacha entre el hueco que forman sus fuertes hombros, se gira un instante para mantener mi mirada. Tiene unos ojos verdes tan claros que se confunden con el color agua marina, las cejas, con una forma ancha y con personalidad propia, tienen el mismo color que su cabello, quizá un poco más castañas. Sin abrir la boca expresa hostilidad.

—Supongo que estás ocupado, nos vemos.

He buscado una excusa rápida para finalizar el encuentro sin que ninguno de los dos nos sintamos incómodos. No ha sido como esperaba. En realidad, nada está siendo como esperaba.

Me giro para tomar asiento de nuevo cuando es él quien toma la palabra.

—Mañana —suelta con la voz más oscura que en los momentos anteriores—, no voy a esperar a que duermas hasta que la cama te eche. Tendremos que salir a primera hora, incluso sería mejor que no hubiese amanecido. Hay rescates importantes y no quiero perder el tiempo.

¿Me acaba de decir que llevarme a casa es perder el tiempo? Sin duda, Colden no conoce ningún código de cordialidad.

—Iré con el resto de los pasajeros. Nos han comentado que el tren estará activo en unas horas.

Me vuelvo lo mínimo para no tener que enfrentar un nuevo rechazo a causa de esa mirada tosca que me lanza.

—No habrá tren.

—Eso es imposible, esta gente tiene que llegar a su destino y...

—O te vienes conmigo o te quedarás aquí tirada dos días. Tú decides.

Tomo aire sin que él escuche el suspiro.

—Dime una hora y estaré puntual.

Lo que menos quiero es hacer sentir incómodo a Edur cuando nos vea aparecer a ambos. ¿Será mi tío consciente de lo desagradable que es Colden?

—Siento interrumpiros, chicos, pero he estado escuchando la conversación y hay un pequeño inconveniente. —Ambos giramos la atención hacia un George que aparenta estar incómodo con sus siguientes palabras. —Ya tenía algunas reservas en la posada y con la llegada inesperada del tren se han llenado todas las habitaciones. He pensado que, como sois familia, podéis compartir la litera de los rescatistas por esta noche.

Me quedo sin habla mientras comprendo la situación. No me he puesto nerviosa en todo el trayecto, y eso que mis nervios aprietan mi estómago en cuanto una situación se sale de control, pero los paisajes y la novedad han calmado ese murmullo molesto. Sin embargo, el cambio de realidad me da en la cara cuando escucho a George. No voy a pasar mi primera noche en casa de

mi tío, estoy perdida en medio de la montaña, con una avalancha de nieve a pocos metros y sin conocer al chico desagradable con el que tendré que compartir habitación. Todo es...

—No te preocupes, George, son cosas que pasan. Es solo una noche.

Me sorprende que Colden sea tan agradable con el camarero cuando hace escasos minutos estaba a punto de asesinarme con la mirada.

Sus ojos buscan los míos y en lugar de encontrar presión para que acepte la invitación, descubro algo así como un lenguaje secreto que me dice: «Hazlo fácil para él».

¿Cuántas caras tiene este tío?

Suelto su mirada y vuelvo la atención hasta el buen hombre.

—No hay ningún problema, George. Por lo que tengo entendido, serán solo unas horas de sueño.

Con esa última *pullita* dejo mi posición cercana a Colden y vuelvo a mi taburete. No dice ni una palabra más durante los siguientes minutos hasta que se despide del camarero, y se introduce en la que también será mi habitación.

Quiero pensar que si no me pongo a mí misma a prueba, nunca me conoceré personalmente. Es preferible centrarme en ese pensamiento y no en el modo en el que mi mano derecha está comenzando a temblar.

No tengo apetito, pero el tenedor entre mis dedos va a aliviar el dolor, suele hacerlo.



La cena está exquisita, incluso me abre el apetito inexistente. No sé qué es ni cómo lo han cocinado, pero es un manjar de los dioses.

Mientras George atiende al resto de comensales, hago el máximo tiempo posible revisando las fotos que he hecho y lanzando alguna a puntos concretos de la posada. La realidad es que

quiero evitar introducirme en esa habitación por si Colden aún está despierto.

Una hora después y sin objetivos fotografiables, asumo que, si mi plan ha fallado, es una de las consecuencias que tengo que aceptar. El viaje ha sido largo y necesito descansar.

Me despido de George y me introduzco con sigilo en la habitación a oscuras. Solo la luz de la luna se introduce a través de los ventanales que simulan ser el ojo de buey de un barco.

La estancia es de un tamaño diminuto, tiene sentido, ya que el propio George me ha comentado que es solo para que los rescatistas puedan descansar si se ven atrapados por la nieve, justo como le ha sucedido a Colden.

Dejo mi mochila a un lateral de la puerta y retiro mis zapatos con cuidado para depositarlos al lado de mis pertenencias. Camino con sigilo alrededor de la litera hasta que encuentro el cuerpo tendido de mi acompañante. He conseguido mi primer objetivo: que esté dormido, pero no el segundo. Y es que, había pensado que Colden se subiría a la parte de arriba al ser el primero en llegar, así no tendría que despertarlo con el movimiento de la subida, pero no ha sido así.

Me resigno y comienzo a caminar aún más despacio. Escalón por escalón mientras las plantas de mis pies gritan de dolor.

Cuando creo que he alcanzado el reto sin molestar a mi acompañante, un bufido rompe la tranquilidad de la habitación.

«Perfecto», pienso. Si ya me odiaba, después de despertarlo solo puedo aumentar ese sentimiento.

Paso el resto de la noche sin moverme ni un milímetro por miedo a que la cama rechine. Tengo fama de dar vueltas y vueltas sobre el colchón hasta que el sueño me alcanza.

El tiempo perdido lo utilizo para repasar todos los detalles de ese día, más en concreto con relación al chico que duerme debajo de mi cama.

¿Cómo alguien tan joven y, por qué no decirlo, atractivo, puede tener tan mal humor con un desconocido? Edur nunca

nos ha dado muchos detalles de él, pero a mi tío lo conozco lo suficiente como para saber que de él no ha aprendido esos modales.

Lo último que pienso antes de que la oscuridad me atrape es en esos ojos verdes que, si no estuvieran enmarcados en un ceño fruncido, serían preciosos.

7.

KRYSTAL

Para mi cabeza solo han transcurrido unos minutos de descanso, la realidad es diferente y es que han sido varias horas.

Parpadeo para adaptarme a la luz que entra desde la ventana. En cuanto me remuevo en la cama, noto como todas mis articulaciones están molidas de haber soportado la presión de “no movimiento” después de comprobar el mal humor que se gasta mi acompañante.

Lo que me ha despertado no ha sido mi instinto, no, ese estará durmiendo hasta dentro de unas horas, ha sido la alarma del teléfono móvil que programé la noche anterior para no llegar tarde a mi cita.

Echo un vistazo con sigilo hacia abajo. En la cama inferior ya no hay nadie, y eso que la luz que entra por la ventana evidencia que es una hora intempestiva para estar en pie.

Bajo los escalones con el mismo dolor de pies con los que los subí ayer, y vuelvo a rescatar la sudadera con la que crucé medio mundo. No es mi plan ideal, es más, si mi tía me estuviese vien-

do me negaría el salir por la puerta, pero en circunstancias extremas hay que tomar soluciones adaptadas.

En cuanto pise la casa de Edur podré darme una ducha de horas y ponerme ropa limpia.

Por instinto, reviso si los sobacos exponen olor a muerto y, aunque no es mi mejor fragancia, es pasable.

El pelo es una leonera que ato en una coleta alta. Cuando estoy preparada, dejo atrás la habitación con sigilo, dudo que ningún viajero más con los que compartí ayer tren esté en pie.

El pasillo es más estrecho de lo que recordaba y, para mi sorpresa, está iluminado y perfumado con un riquísimo olor a tostadas. El estómago me ruge hasta que encuentro la cara sonriente de George. Un segundo después compruebo que no está solo, una cabellera castaña, despeinada por el paso de la noche por ella, también decora la barra del bar.

—Buenos días —susurro.

A George le hace gracia mi cuidado a la hora de hablar y sonrío de vuelta. Colden no dice nada, me echa un vistazo, ve que no me he cambiado de ropa y eleva una ceja.

Solo una.

¿Cómo narices es capaz de hacer eso? Si fuese un poco más agradable se lo preguntaría, pero a las seis de la mañana nadie puede ser agradable, mucho menos él.

Me siento con dos butacas de separación, lo que menos quiero es que le espante mi mal olor. La noche anterior no le dije ni le hice nada y me trató como a su enemiga, no me quiero imaginar si a eso le añadido mi peste.

—¿Quieres desayunar?

La cara de George alivia los nervios que Colden ha despertado en mi cuerpo. Antes de que pueda contestar con el mismo tono amable, el susodicho se mete por el medio.

—Que sea rápido, no puedo estar esperando a que la princesa desayune como en palacio.

Cuando vuelvo la atención al dueño de la posada, lo hago con un tono de vergüenza, él no le da importancia a las palabras del joven.

—¿Y bien? Unas tostadas son la mayor alegría para comenzar la mañana.

—No puedo decir que no a eso.

Tapo la boca con la manga de la sudadera de forma automática al hablar. No he podido lavarme los dientes y siento que es una mina de mal olor.

George desaparece en el habitáculo que entiendo que es la cocina, y me quedo revisando la pared que tengo enfrente sin intención alguna de hablar con Colden.

—Indícame dónde tienes la maleta para ir cargándola en la furgoneta.

Edur, o más bien nuestra empresa, es la única que tiene un vehículo de carga adaptado a la nieve en todo el pueblo. Podría definirse como que somos una empresa especialista en rescates y, aunque todo se hace a caballo, hay momentos puntuales como las grandes nevadas de invierno que requieren de un vehículo adaptado.

Muevo la cabeza hacia él. El pelo despeinado le queda bien, hace que su rostro simule ser más jovial, quizá más desenfadado. Algo que, con la barba y con su mirada dura no consiguiera mantener.

Está utilizando un tono de voz más amistoso. ¿Se habrá dado cuenta de lo idiota que ha sido un minuto atrás?

Ante mi nula respuesta, resopla, suelta el bolígrafo que mantenía en la mano derecha;

—No quiero perder más tiempo del necesario aquí, hay cosas importantes que hacer.

«Parece que no se ha dado cuenta que ha sido un idiota.»

Me impulso contra la mesa para encararlo. La butaca gira con el impulso y nos quedamos frente a frente. La fuerza mental

que he recabado se ve un poco más floja al chocar con los ojos verdes que me piden a gritos que no ponga las cosas difíciles.

«¿Quién eres realmente Colden?»

—En el aeropuerto de Londres olvidaron meter mi maleta en el avión a Suiza. La compañía me comentó que hoy se pondrían en contacto conmigo y que me la enviarían a casa, así que hasta entonces no tengo más equipaje que la mochila con la que viajaba ayer y mi cámara de fotos.

Sus ojos pasan de estar atentos a mis palabras, a revisar a fondo mi cuerpo. No tiene ningún reparo en repasar mi atuendo, tanto, que siento la necesidad de coger distancia con él.

Su mirada en mí despierta algo que llevo mucho tiempo sin sentir. Y no es atracción ni nada semejante. Es algo más parecido a un juicio de alguien del que te importa su respuesta. Es una tontería porque no lo conozco de nada, pero creía que las cosas iban a ser más fáciles por aquí.

Traga saliva mientras sale del trance. Sus ojos se apartan de mi cuerpo y cuando lo hace siento frío. Asiente, sin abrir la boca, supongo que comprendiendo lo que le acabo de decir. Bebe lo que le queda del café y lanza las indicaciones como hizo la noche anterior.

—Estaré en la puerta trasera. George te indicará.

Cierra la libreta, recoge el bolígrafo y guarda el teléfono en el bolsillo trasero de su vaquero. Me quedo prendada en lo grandes que son sus manos y en las heridas que tiene en varios dedos. Sale de mi vista antes de que pueda responderle.

Creo que jamás había tomado un desayuno tan rápido y sintiéndome tan incómoda.

—Muchas gracias, George. En cuanto esté asentada volveré a visitarte, te lo prometo.

No suelo tener muestras de afecto con personas desconocidas. El hecho de que mi acompañante esté haciendo mi llegada tan molesta ha generado un vínculo con el dueño de la posada

mayor del que ocurriría en una situación cotidiana, además de que ha sido muy agradable.

—No lo dudo. Edur me visita casi todas las semanas, podrás venir con él.

«Sí, porque con Colden no tengo pensado volver a estar por aquí»

Le sonrío por puro instinto.

—Me dijo que iba a estar en la puerta trasera...

No tengo que pedirle que me indique dónde se encuentra, el buen hombre sale de detrás de la barra y coloca mi cuerpo en la dirección adecuada.

—Es azul, la encontrarás al final del pasillo.

Giro la cabeza por encima del hombro y me despido de él. Encuentro la puerta unos segundos después. Es grande, de un tamaño tan imponente que estaría dispuesta a hacerle algunas fotografías si tuviera tiempo.

La empujo y la presión que tengo que ejercer hace que salga de ella trastabillando. La nieve es lo que frena mi caída. O los pies de Colden, no lo tengo claro.

—Cuidado, no vaya a ser que se te caiga la corona a la nieve, princesa.

No extiende el brazo para ayudarme, tampoco lo hubiera aceptado. Me pongo a su altura y ambos nos quedamos en silencio. Yo sin ser capaz de conocer cuánto aguantaré esta tensión, y él con los brazos cruzados inspeccionando mi rostro.

—Nos vamos —anuncia.

Se da la vuelta a la par que suelto el aire que estaba conteniendo. Me tiemblan las piernas y no es por el miedo de subirme al vehículo que está delante de mis narices.

El todoterreno de la empresa es un vehículo grande, mucho más de lo que recordaba. En la parte delantera y trasera tiene unos encajes para remolcar y mover objetos de gran peso. Por el modo en el que Colden sube al asiento del conductor, parece que se encuentra de lo más cómodo con él.

Camino decidida hacia la puerta del copiloto. Si quisiera tocarle las narices me subiría en la parte trasera, como si fuera en un taxi, pero las consecuencias pueden ser atroces y no estoy para comenzar juegos con consecuencias que luego no podré mantener sin echarme a llorar.

No se anda con rodeos. En cuanto revisa que estoy lista, con el cinturón de seguridad abrochado, sale disparado dejando una estela de nieve molida por donde el vehículo pasa. El rugido del motor me pega aún más contra el asiento y, aunque el espacio en el interior es alucinante, mi mente solo está concentrada en respirar con normalidad y no perder los estribos.

Lo que podría ser un paseo maravilloso, tranquilo e increíble, se transforma en un borrón de paisajes. A nuestro paso comienza a amanecer y la luz anaranjada se posa en las cotas de nieve sin pisar que se han agrupado por las cunetas de las carreteras. En un mundo idílico podría capturarlo con mi cámara y mandarle algunas fotos a mi tía, pero nada de eso ocurre porque, cuanto más lo deseo, Colden más acelera.

Media hora después enfila la carretera hacia Lellos. La vía apenas se percibe debido a la cantidad de nieve. El tramo está mucho más complicado de transitar del que acabamos de recortar, es por eso que tiene que reducir las marchas. Echo un rápido vistazo a su postura, está apretando el volante con precisión, rebosa seguridad en los movimientos. Vuelvo la vista al frente y veo como las ruedas delanteras aplastan la nieve salpicándola hacia los laterales. Las subidas y bajadas a través de la montaña comienzan a marearme, ni siquiera la entrada al pueblo consigue llamar mi atención lo suficiente como para mantener los ojos abiertos.

Solo soy capaz de abrirlos cuando el coche reduce las marchas hasta apagarse. Colden baja con alegría del vehículo, observo sus movimientos y no parece que tenga ningún problema. Entiendo que la costumbre tiene que ser la clave para que no le tiemblen hasta los huesos de las piernas como me sucede a mí.

Quito el cinturón de seguridad, y descubro que no solo me tiemblan las rodillas, los dedos siguen el mismo camino. Me apoyo en la puerta para descender, y por el rabillo del ojo observo que mi acompañante está revisando mi tarea. Sin echarme una mano, eso por supuesto.

Espera, ¿eso que veo es un atisbo de sonrisa? Más que una sonrisa, es un gesto de suficiencia. Me ha querido dar una lección el muy cabrón, y lo ha conseguido.

De verdad, ¿qué le he hecho a este chico para que me odie tanto?

Levanto la mirada y percibo que, la casa está igual que como la recuerdo. Aún tenemos unos metros de distancia para llegar hasta la puerta, debemos de caminar por un camino que está helado. Ya no es nieve, es puro hielo, una pista de patinaje peligrosa.

Voy de inmediato en busca de mi mochila.

Abrir la caja del maletero no me resulta complicado, pero al hacer el esfuerzo para sacar mis pertenencias de ella, trastabillo con el hielo y me veo perdiendo el culo, la muñeca y algún que otro hueso del tronco. Para mi sorpresa el golpe no llega, y eso que se preveía grande, el agarre de Colden ha evitado el impacto. Fijo mi mirada en la suya, eso ha sido un gesto que harían los protagonistas de las comedias románticas que vemos Holly y yo. En este caso, e incluso con el buen gesto, no ha quitado la expresión de hastío. Comprueba que he vuelto a mantener mi peso por mí misma y se retira a la velocidad de un rayo, juro que si llego a parpadear pienso que me he imaginado la escena.

—¿Nos conocemos de antes, Colden?

Necesito saber por qué tiene esta forma de actuar conmigo.

Lo pillo con la guardia baja y lo sé porque estaba echando un vistazo al maletero y ha levantado rápidamente los ojos hacia los míos. Está a punto de decirme algo cuando una voz familiar nos intercepta.

—¿Krystal?

Mi tío Edur camina hacia mí sin importarle, ni tener problemas con el hielo que hay bajo sus pies. El sombrero de *cowboy* tiene tantos años como él. Recuerdo a Holly decir que nadie caminaba con tanta elegancia como él. Y es verdad.

Acorta la distancia y sus brazos me rodean en un sincero abrazo que he esperado y echado de menos durante muchos años. El nudito en la garganta se convierte durante unos segundos en algo más grande, algo que tiene nombre y se llama «emoción», y que intento evitar por todos los medios porque no quiero llorar en frente de mi tío y el diablo de su hijastro. La tarea no es sencilla, rápidamente siento ese dolor característico en la mandíbula al apretarla con fuerza por tragar más fuerte de la cuenta. «Cuerpo y mente, por favor alinearos y hacerlo más sencillo».

Dudo que mi tío desconozca mis problemas de ansiedad, si no Holly no hubiera podido enviarme aquí con él; eso no quiere decir que conozca el grado de la situación. Para ser sincera, eso solo lo sé yo misma. Soy yo la que convivo día a día con el murmullo cansino, el mismo que no quiero escuchar a cada paso que doy, pero que me acompaña lo desee o no.

En los brazos de Edur me doy cuenta de que echaba esto más de menos de lo que me imaginaba. Los recuerdos de niña no eran solo recuerdos, también habían sido mi vida.

Cuando me separa con cariño de su cuerpo, reviso con atención los cambios que ha habido en él. El hecho de que Edur no envíe fotos suyas por WhatsApp, ni tenga redes sociales ha generado muchas expectativas en mi tía y en mí misma. Y, aunque es el mismo, no puedo negar que los años han pasado por él, aunque siga siendo igual de atractivo que en mis recuerdos. Creo que a Holly le gustaría su nueva apariencia ruda, mucho más que los pijos neoyorquinos con los que tiene citas.

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Ha habido muchas complicaciones?

—No, tranquilo, ha sido una experiencia nueva.

—Ya es mala suerte.

El chasquido que suelta me pone más nerviosa de lo normal. Al igual que percibo que él no quiere que me sienta incómoda, yo no quiero que piense que soy una urbanita que no sé adaptarme a las situaciones. Por ese mismo motivo evito contarle que Colden es un idiota, y que he perdido la maleta en el trayecto, son dos aspectos del viaje que es mejor ahorrarle y que ya tendré tiempo de conversar. Sobre todo, el hecho de que me va a tener que dejar prestada su ropa para salvar los días hasta que llegue la mía.

—Tranquilo, tío Edur, me adapto bien a las circunstancias.

Intuyo un resoplido detrás de mi cuerpo, y sé de quién puede provenir porque detrás de mí solo hay una persona, la misma que lleva resoplando desde que me conoce.

8.

COLDEN

No he dormido en toda la puñetera noche por culpa del olor a fresa que desata la princesita. No entiendo qué tipo de perfume hacen en Nueva York, me ha quedado claro que el de ella es de categoría.

Cierro la furgoneta para que Miles la guarde más tarde y dejo a tío y sobrina en la entrada de la casa. Edur está muy emocionado por la llegada de Krystal, para él, Holly y ella son una pieza clave en su felicidad. Siempre nos recuerda que, aunque estén lejos, son felices, y eso es lo importante.

No tengo el mismo punto de vista que él.

No anuncio mi retirada, y ninguno de los dos percibe mi huida. La casa está posicionada en el punto más superior de la finca, desde aquí se ve todo, así que echo un vistazo a las cuadras; La puerta está abierta del mismo modo que lo está la del porche. El bufido me sale natural, no tengo que interpretar el estado de enfado constante con mis hermanos porque ya es real. Ya no hay opción para la interpretación.

Entro a la casa cerrando la puerta con fuerza tras mi paso.

—¿Se puede saber qué clase de idiota ha dejado los portones del establo abiertos? ¿Es que no conocéis la temperatura que hace en el exterior como para dejar escapar el calor?

Paso la primera estancia que es el salón donde no hay nadie, la segunda es la enorme cocina con comedor en la que solemos reunirnos y en donde están los gemelos Eric y Wylan.

—¿Habéis sido vosotros los idiotas?

—No, papá.

Ninguno de los dos eleva la cabeza. Han dicho la frase a la par, como cuando eran unos mocosos tan idénticos que no se podía diferenciar quién era quién. Ni son niños ni me cuesta ya identificarlos, hace unos meses que han cumplido dieciocho años, aunque sus actitudes no demuestren su madurez.

—¿Dónde está Samuel?

—Samuel no ha sido —suelta Eric.

Fijo la atención en él. Atrás queda el interés que tenía sobre el teléfono móvil. Todo un logro.

—¿Dónde están?

No hace falta que le explique a quién me refiero. Él conoce a la perfección el tipo de hermano que es cada uno.

Los gemelos son los más pequeños y los más consentidos. Es una regla de la vida que no hace falta explicar porque ocurre en todas las familias. Eran unos niños casi adolescentes cuando nuestra madre murió y los he sobreprotegido.

Ahora soy el que carga con las consecuencias de esa acción.

El siguiente es Samuel. El mediano y el que cuida con más esmero el Rancho. Desearía poder trabajar con él cada día fuera de las cuadras, hacer los rescates con él, confiar en que todo esto puede seguir si no estoy porque él sería otra roca a la que sostenerse. Supongo que la vida nunca es como uno espera porque su sordera dificulta que pueda realizar las tareas de rescate. Es más una precaución por mi parte que una reticencia. Él lo acepta y lo prefiere de ese modo.

Y luego está mi mayor grano en el culo, los mellizos Nevan y Miles. Dos tíos de veintidós años que deberían de tener pelos en los huevos y centrarse en la vida; en realidad están peor que dos adolescentes con las hormonas revolucionadas.

La situación en el Rancho ya es compleja de por sí, como para ahora, añadirle un nuevo miembro a la familia Keller.

—Han salido a montar —expresa con temor Eric mientras lleva la taza de café a los labios.

—Les dije claramente que no era seguro, que los rescates se hacían con el coche. No quiero a ningún caballo fuera.

—Bueno es que...

—No han ido a ningún rescate —finalizo por él antes de que se meta en un lío por ser el chivato.

El silencio me confirma mis sospechas.

Mi mano derecha cae con fuerza contra la mesa de madera. Por más que intento meterme en sus cabezas, no logro entender para qué mis hermanos se pondrían en peligro por puro ocio.

—Estoy hasta los cojones de ser el padre de cinco adultos.

Salgo de la estancia más enfadado de lo que llegué. Lo único que me consuela es que, con este panorama, la princesita huirá a la seguridad de la gran ciudad más pronto que tarde.

Me dirijo hacia las cuadras por la puerta principal cuando escucho a Edur hablar con ella. Pasar la noche a su lado ha sido suficiente, por ese mismo motivo elijo escabullirme de su amabilidad impostada, cambiando el recorrido y dando más rodeo para sortearlos.

Soy consciente de que todo esto le pertenece a ella y a su tía. O parte de esto. Los Keller somos simples trabajadores que cuidan de sus caballos y del Rancho. No somos propietarios de nada más que el sueldo que me pagan a mí y a los mellizos.

Edur desde el día uno ha intentado que sintamos el Rancho como nuestro hogar, más cuando se casó con nuestra madre años atrás. Sin embargo, mi postura ha sido clara y así se lo he inculcado a mis hermanos, nada es nuestro, salvo seis caballos

que llegaron con nosotros tras la mudanza. La casa de campo, las cuadras, la zona del lago, los terrenos del alrededor, el vehículo de nieve, es de la princesita.

Entro en la cuadra rojo de ira. No es un buen día para que Nevan y Miles hagan de las suyas, es peligroso andar por ahí. La nieve ha opacado las calles y la mayoría de los senderos, los caballos pueden sufrir lesiones por culpa de sus paseos.

—Y por aquí tenemos las cuadras. Todos los caballos están cuidados y calientes las veinticuatro horas del día.

Han debido de dejar el tour por la casa para más tarde, o han seguido mis pasos, quién sabe.

No me giro para seguir el curso de la explicación que Edur le está dando a Krystal. Ella ya debería de conocer aquello que le da de comer cada día.

—¿Todos los caballos son utilizados para los rescates?— pregunta.

—Salvo Chocolate, que es el caballo de Samuel, sí. —Edur da un paso para señalar a dicho caballo.

—¿Es que es mayor?

—Chocolate es el caballo de terapia de Samuel. Ambos trabajan mejor si no salen del Rancho, más tarde lo conocerás.

—Disculpa, ¿terapia?

No soporto más este análisis cotilla que está haciendo. Me giro y el primer rostro que me encuentro es el de Edur. Intenta aliviar mi mal humor con esa mirada sosegada que porta la mayor parte del día. No funciona, lleva sin funcionar desde que me encerró con él en el despacho para comentarme que íbamos a tener a la jefa con nosotros durante un tiempo.

—Ha dicho terapia, pero no te preocupes, Samuel es un trabajador voluntario. No te roba tu riqueza, tan solo nos echa una mano. Está estudiando para salir de esta mierda cuanto antes.

Suelto la puerta de madera y dejo a ambos mirando hacia mí con la boca abierta.

Me cuesta ralentizar la tensión que se ha instaurado en mi cuerpo. En estos momentos solo tengo ganas de correr, gritar o hacer yo que sé para aliviar la puta tensión de rabia.

Rabia.

Eso es lo que siento.

Es lo que he intentado controlar desde hace cinco años. Y lo había logrado, había mantenido a mis demonios aparcados, pero por algún extraño motivo, su llegada los ha desatado.

¿Y si tenemos que volver a cambiar nuestra vida por su capricho? Si nos expulsa de la empresa volveremos a quedarnos sin nada.

Odio estar en manos del destino. Odio no tener el control de nada, y odio muchísimo más la mirada de corderito degollado que pone cada vez que la miro, como si me estuviera entregando un favor cada vez que respira.

9.

KRYSTAL

—Lo siento, no sabía que...

Colden pasa como una exhalación por mi lado sin darme opción a replicar.

Miro hacia mi tío que parece tan sorprendido como yo. Colden es el mayor de los hermanos Keller, el que lleva la carga del Rancho junto a Edur.

—No he querido ofender, no conocía la situación de su hermano.

Edur asiente. Cuando baja la cabeza lo único que percibo es el movimiento de su sombrero de vaquero.

—No es personal —comienza a decir—. Colden es muy protector con sus hermanos. Se ha hecho cargo de la familia desde que era un niño y con la muerte de Angélica se siente el responsable del futuro de cada uno de los chicos.

—Pero es muy joven para prometer un futuro a todos sus hermanos.

Capto una sonrisa de cariño y dolor en el rostro de mi tío.

—Es complicado de entender su posición, solo debes darle tiempo.

—Claro.

Tiempo. Una palabra de seis letras que recoge la mayor complejidad del ser humano. Todos queremos frenar los momentos, capturarlos, retrasarlos, congelarlos, adelantarlos, pero él sigue su curso, nunca frena. Es efímero y a la vez tan perceptible que aterriza.

—Por cierto. —Edur eleva la mano para retirar el sombrero con delicadeza. Ver su cabellera después de tantos años y cómo sus ojos quedan encerrados en una perfecta conexión con sus facciones me sorprende. Es más, deseo contarle a Holly cómo ha pasado el tiempo a través de él—. No le he dicho a los chicos el motivo real de tu llegada.

—¿Ah, no?

Me sorprende tanto su afirmación que tengo que dar un paso hacia atrás para alejarme de él. No sé si por el alivio o por el temor de que el viaje pueda ser más complicado.

—Les he comentado que venías a ayudar con la empresa. Estás estudiando finanzas y por aquí siempre viene bien una mano. No he puesto tiempo, puedes quedarte lo que necesites.

—Vaya... Gracias. Es complicado, Holly ha debido de exagerar porque estoy bien, solo necesito un poco de aire fresco.

La mano que no sostiene el sombrero se acerca a mi brazo. Me toca con cariño, apretando y pasando los dedos para aliviar la tensión.

—No hace falta que me des ninguna explicación. Esta es tu casa, y yo soy tu familia. Si necesitas cualquier cosa estaré aquí. No soy Holly ni hablo tan bien como ella ante los desastres, pero sé escuchar. Se me da bien.

Siento ganas de llorar y no entiendo el motivo. He echado de menos la calidez que aporta Edur, del mismo modo que era consciente que él no se adaptaba a la vida que llevamos en Nueva York. No hay momentos para una llamada cuando el cambio

horario es complicado y su trabajo ocupa toda la jornada. Han pasado los años, los problemas, las alegrías, y aun así siento que ahora mismo el tiempo no ha transcurrido a través de nosotros.

Quiero abrazarlo, decirle que lo he echado de menos y no tener que soportar las lágrimas, pero no me gustaría que él se sintiese incómodo y creo que lo haría. Un rechazo en estos momentos no me vendría nada bien.

Lo único que hago es asentir y toser para evitar que se me caigan las lágrimas.

—¿Me puedes hablar de ellos? Es para no meter la pata y ofenderlos.

Edur vuelve a colocarse el sombrero y sonrío mientras rodea mis hombros.

—Será mejor que te los presente, son unos muchachos de diez, ya verás.

Salimos de las cuadras mientras me fijo en la belleza de animales que hay a mi alrededor. Quiero pedirle a Edur que me presente también a cada uno de ellos, sin embargo, sería hacerles un feo a los hermanos de Colden al no saludarlos antes que nada.

No recordaba que el Rancho fuese tan grande, siento que con el paso de los años me he afianzado en unos recuerdos que estaban distorsionados por la visión de la niña que los capturó.

—Es por aquí.

El entorno es amplio, la nieve hace que sea complicado fijar la atención en un punto, porque la claridad de la mañana se refleja sobre ella. La casa, recubierta en una madera nueva, también tiene otro toque que había pasado por alto.

Era la casa familiar donde se criaron Holly y mi padre. Es la herencia que tuvieron de mis abuelos. En mi caso cuento con la casa en propiedad de mis padres, está más cerca del pueblo y es de un tamaño inferior de la que tengo delante.

—Los mellizos han acomodado tu casa, y han ido a calentarla durante todo el día de ayer para que puedas estar cómoda.

Freno la subida de los tres escalones que separan el césped de la entrada a la casa.

—¿No me quedaré aquí con vosotros?

No he vivido sola en mi vida. Este pueblo es muy montañoso, nieva mucho y solo con pensarlo me tiemblan las piernas. No quiero dormir sola en una casa en medio de un lugar que ya no conozco.

Algo tiene que ver mi tío en mi expresión que baja la mano que rodeaba mis hombros para aliviar algo de tensión en los músculos de mi espalda. Es el gesto cariñoso que necesitaba.

—Si lo prefieres te podemos hacer un hueco aquí.

—No quiero molestar.

El comentario sale de mi boca con facilidad, pero mi cabeza va a mil por hora en estos momentos buscando una excusa para quedarme con ellos. Debería de ser más madura y asumir que ellos tienen una vida organizada alrededor del trabajo y que puede que mi presencia desestabilice sus planes.

—No es una molestia, esta también es tu casa, Krystal. — Hace un movimiento con la boca que entiendo como frustración porque cuando miro hacia él se está llevando los dedos al lagrimal y toma aire—. Debería de haber hablado con Holly de esto. No se me da muy bien las interpretaciones.

—Tío Edur, lo digo en serio, no es necesario que estéis incómodos, yo me iré a la casa del pueblo.

—Te quedarás aquí con nosotros.

No me siento con fuerzas para rebatir sus palabras y, además, dos chicos idénticos salen al porche con una sonrisa impresa en la cara. Una cara que es muy atractiva.

Edur suelta la mirada de mi rostro para pasar al de ellos. Espera a ver cómo aguardan pacientes antes de comenzar a hablar.

—Krystal, estos son los gemelos Eric y Wylan. No intentes diferenciarlos porque hasta que no descubras los trucos, ellos harán todo lo posible para que los confundas.

Ambos levantan la mano derecha y bajan la mirada a modo de saludo coordinado.

—Encantada de conocerlos.

Me fijo en que sus botas de vaqueros combinan con la ropa de cada uno. ¿No es peligroso caminar con ese tipo de calzado en la nieve?

—¿Cuál es tu talento oculto?

Uno de ellos, el de la derecha, es el primero que habla. Lo hace con una sonrisa trabajada. Lo sé porque me recuerda a Jack, el compañero rompecorazones de mi universidad que suele hacer esos movimientos cuando quiere sorprender a alguien.

Vaya, una pregunta de lo más sorprendente para hacerle a alguien que acabas de conocer.

Pienso por un segundo la respuesta, siento que estoy parpadeando más de lo habitual y que mi respuesta tarda, así que, cuando me decido a articular la verdad, me sale una frase atropellada.

—Soy buena haciendo fotos. Me dedico a ello en mi tiempo libre.

El otro hermano rompe la coordinación y se acerca a mí en dos zancadas. Hay emoción en sus movimientos y, por extraño que resulte, no me incomoda que me tome del brazo y me arrastre con él hacia la casa.

—Vas a flipar con los paisajes que tenemos aquí.

El otro hermano copia los movimientos del primero y separa a Edur de mi lado para ponerse él. Hemos quedado como un sándwich en el que yo soy el queso al que le están dando la bienvenida.

—Wylan, ella es de aquí. Estás en su propiedad para ser más exactos, ¿es que no escuchas a Colden?

No quiero saber lo que Colden dice de mí, con su forma de actuar ya me ha quedado claro que su bienvenida no va a ser tan cálida como la de los gemelos.

—Es verdad, lo siento. ¿Quieres que te hablemos como si fueras nuestra jefa? Nosotros no somos empleados del Rancho, solo lo son los mayores, pero si te mola ese tipo de trato no es un problema. Es más, te podemos ofrecer todo tipo de ayuda. Si te sientes sola, con frío y necesitas un achuchón...

—Wylan Keller, cállate la boca si no quieres que te deje durmiendo a la intemperie esta noche.

No puedo soportar la risa cuando Edur finaliza con lo que creo que era un halago por parte de uno de los gemelos.

—Es que es muy guapa.

En lugar de girarse hacia mi tío, suelta el comentario mirando hacia mi cara, fascinado. Es mi momento de reírme sin censura porque él también es muy guapo. No tanto como su hermano mayor, pero se ve que los genes en la familia son buenos. Le falta aún más músculo en el cuerpo para estar en uno de esos catálogos de vaqueros *buenorros*.

«Madre mía, ¿en qué momento me he ido a estos pensamientos?»

Miro por encima del hombro a mi tío que sonrío de vuelta cuando ve que no hay tensión en mi rostro.

—Los gemelos son los más pequeños, ten consideración con eso. —Me dice.

—Pero somos mayores de edad. Todo podría ser legal. —El otro gemelo, Eric, tira de mi brazo con delicadeza para que me fije en él.

—Lo tendré en cuenta. Solo si tengo frío —aclaro.

Me llevan por la entrada de la vivienda casi en volandas hasta unas escaleras de madera cuidadas y pulidas. Me han enseñado sin mucho detalle la reforma que Edur hizo unos años atrás de la cocina y el salón. Sin embargo, la emoción de ambos radica en que vea con mis propios ojos el estilo de decoración que tienen en su habitación.

La casa cuenta con seis habitaciones. Ellos han comentado que comparten una, por lo que entiendo que si me quedo aquí

alguien se tendrá que ir de su casa. No quiero que eso suceda, estaría muy incómoda y sería peor. Hago una nota mental para hacerle ver a mi tío que estoy capacitada para llevar a cabo el plan inicial. Me quedaré en la casa en la que vivía cuando era una niña, más tarde descubriré cómo me hace sentir eso.

Cuando giramos por el pasillo para acceder a la planta de arriba, una figura masculina desciende los escalones. Es un chico más alto que los gemelos, con el mismo corte de pelo que Colden y con unos ojos tan grandes que es a lo único que puedo prestar atención.

Wylan mueve la mano con intensidad delante de su cara. Esto llama la atención del chico que se queda mirando hacia nosotros sin decir una palabra. Está tieso, incluso diría que temeroso por mi presencia, ya que solo me está mirando a mí.

Mueve las manos delante de su pecho.

Está utilizando la lengua de signos.

Eric le responde con la misma maestría. Mi reacción deja mucho que desear porque me quedo tan sorprendida que no digo nada, solo miro de los gemelos hacia el nuevo miembro de la familia.

—Krystal, él es Samuel. ¿Sabes utilizar la lengua de signos? Tiene una discapacidad auditiva. Nosotros siempre nos hemos comunicado con él a través del canal gesto-viso-espacial porque nuestra madre nos lo enseñó desde que éramos pequeños.

—Lo siento mucho, —me llevo la mano al pecho para que él entienda mi postura— no he tenido formación, pero siempre he querido aprender.

—¡Ah! No te preocupes —suelta Eric sin darle mucha importancia—. Nosotros te enseñamos. Mientras tanto, puedes escribir notas en el móvil. Samuel siempre lo tiene a mano para estar al tanto de todo. O hablar pausado, sabe leer los labios.

Me fijo en él. Hay algo que despierta en mí las mismas emociones que me trajeron hasta aquí. No me gusta hacer juicios de las personas sin conocerlas, pero por el modo en el que parpadea

y ha dejado atrás la tensión que se apoderó de él cuando se cruzó conmigo, podría decir que estaba nervioso por mi llegada.

Ahora sí que me encantaría conocer lo que dice Colden de mí a sus hermanos. Mucho más después del comentario sobre Samuel en las cuadras.

—No hace falta que hables como una tortura. Es un crack leyendo los labios. Te entenderá, quizá eso lo haga más sencillo. — Es Wylan el que aporta el comentario.

—Encantada de conocerte.

El muchacho cabecea y me enseña una sonrisa mientras se lleva las manos al bajo de la camisa de cuadros que decora su torso. Al igual que sus hermanos, lleva unas botas de vaquero.

—He conocido a Chocolate. Me encantaría que me lo presentases cuando tuvieras tiempo.

Su rostro se ilumina. Es joven, no tanto como los gemelos, sin embargo, me da la sensación de que no porta con el peso del mundo como el idiota de Colden.

Mueve las manos y mira hacia ambos lados de mi cuerpo para que sus hermanos lo traduzcan. Es Eric (creo porque se han movido hace unos segundos) quien toma la palabra.

—Samuel parece el más bonachón de todos, que no te engañe su apariencia melancólica. ¡Me acaba de pedir tu número de teléfono!

Miro hacia el susodicho impresionada. Además de guapos, estos chicos son más lanzados de lo que esperaba. Samuel, que también se ha girado para ver los labios de su hermano, pone los ojos en blanco, se acerca hacia él y le da un pescozón. Eric sonrío de nuevo antes de hablar.

—Quiere tu número de teléfono para que «los maravillosos de sus hermanos pequeños no tengan que hacer de traductores».

Le cae otro golpe en la nuca porque me temo que lo de «maravillosos» no estaba dentro de su discurso.

Es la primera carcajada que sale de mi cuerpo. Natural y sentida.

—Por supuesto, déjame tu teléfono y te lo apunto.

En dos minutos tenemos solucionado el problema. Busco mi dispositivo y me encuentro con su mensaje.

Desconocido: Cuando quieras te enseño al mejor caballo que vas a conocer en tu vida. Me alegra haberte conocido, Krystal.

Acabo de leer el mensaje y lo miro. Eleva la mano y sale por la puerta.

Eso ha sido intenso y sorprendente a partes iguales.

—¿Hay alguna sorpresa más? —pregunto a los gemelos.

—Miles y Nevan son un buen colofón final.

—¿También son gemelos?

—No, mellizos —responde Eric—. Y además son los más...
¿Cómo podría decirlo?

—Intensos —responde Wylan para complementar a su hermano.

—¿Más que Colden?

Se miran entre ambos en un gesto que tienen trabajado a la perfección. No hay palabras, pero estoy segura de que se han dicho infinidad de cosas.

—Nadie supera a Colden en intensidad.

De lujo.

10.

COLDEN

—¿Se puede saber a qué cojones estáis jugando? No tenéis cinco años para hacer travesuras.

Miro de Miles a Nevan y vuelvo a empezar.

Llevo llamándoles una hora y ninguno de los dos ha respondido al teléfono. Cuando los he visto entrando por la valla como si no ocurriese nada, casi me fundo a un color rojo intenso.

—Solo queríamos dar una vuelta por la zona. Ver lo que se puede hacer. La cota de nieve no es tan alta como por el norte, dentro de dos días volveremos a ver el verde. Los rescates serán seguros con los caballos.

—¿Me tomas el pelo, Miles? ¿En serio creéis que me chupo el dedo?

—No empieces con tus suposiciones —apostilla Nevan por encima de mi enfado—, Miles tiene razón, hemos ido por trabajo.

Llevarles la contraria es una batalla que he abandonado hace mucho tiempo. La relación de estos dos es la más complicada de

la familia. Un minuto se odian, al siguiente no pueden estar el uno sin el otro, sin contar que, un día son profesionales y hacen su trabajo como deben, y al siguiente se pierden con cualquier idiotez que han escuchado en el pueblo.

—Vosotros sabréis lo que hacéis—. Doy media vuelta para salir de los establos cuando recuerdo el motivo por el que hoy estoy de más mal humor que otros días—. Por cierto, ha llegado.

No tengo que aportar más detalles al asunto, ellos saben quién llegaba hoy. Mejor dicho, ayer.

—¿Y dónde está? —pregunta el mellizo moreno.

Miro hacia Miles antes de salir en busca de la comida de la semana en la furgoneta.

—Con los gemelos.

—Mierda —expone Nevan sabiendo lo peligroso que son los dos pequeños juntos.

No quiero saber nada de la bienvenida que le den a la princesita.

Del mismo modo que he perdido la batalla con mis hermanos más adultos, he dejado claro que, de sus actos, solo ellos pueden hacerse cargo. Estoy hasta las narices de salvarle el culo a todos.

Echan a correr por la finca mientras mi paso es más cómodo. La furgoneta no ha sido aún guardada. Busco las llaves en mi pantalón antes de subirme a ella pero no las encuentro en los bolsillos delanteros.

—Colden, ¿tienes un minuto?

Edur aparece por la esquina de la finca. No se encuentra solo, Brielle, nuestra querida vecina, está con él. Seguramente habrá visto a Nevan por la ventana de su habitación llegando a casa.

—Voy a hacer la compra. ¿Necesitas algo? —le pregunto.

Cuando mi madre se casó con Edur fue uno de los peores momentos de mi vida. Llevaba siendo el hombre de la casa desde que tenía uso de razón. Mi padre nos abandonó con la

llegada de los gemelos, no pudo soportar la familia numerosa que él mismo había creado. Desde entonces, mi madre se mató a trabajar el doble. Ayudaba en el Rancho de los Muller y hacía la comida en el restaurante del pueblo. No tenía tiempo nada más que para trabajar, así nosotros podíamos comer y comprar ropa cuando la necesitábamos. He criado a Eric y a Wylan como si hubiesen sido mis hijos. He ayudado a Samuel con los deberes y he intentado que Nevan y Miles no se salieran del redil cuando fueron adolescentes, aunque solo nos separen dos años de diferencia.

Edur era un intruso que llegaba a nuestra vida para desordenarla.

Trabajaba con mi madre, más bien era su jefe. Y se enteró de su enfermedad cuando un día la encontró tirada en el suelo, al lado de un caballo que no dejaba de relinchar en busca de ayuda.

Por aquel entonces el cáncer ya estaba tan avanzado que no tenía cura. Le dieron un año de vida, duró cuatro. Nadie entiendo cómo lo hizo, supongo que Angélica Keller estaba hecha de otra pasta.

Por extraño que resulte, Edur le pidió matrimonio ese mismo día, en el hospital. Yo estaba al lado, sujetando su mano. Por poco no me caigo de la silla cuando comenzó a hablar.

Lo hizo para ayudarla, para quitarle algo de presión sobre los hombros. Eran amigos, creo que nunca hubo nada romántico entre ambos. Sabíamos que no había posibilidad de un final feliz para ella, pero sí para nosotros. Edur podía ejercer de tutor hasta que todos fuésemos adultos, nos podía dar trabajo y de cara a la ley era más sencillo si estaban casados.

Lo hicieron en una semana.

Pasamos de vivir en una pequeña casa de alquiler a mudarnos al Rancho. Yo sabía cuidar caballos, me había enseñado mi madre, y los mellizos también. Nos contrató las horas que no estábamos en el colegio. Nos ayudó desde el primer día que supo que estábamos en problemas y yo lo castigué por ello.

Pagué con él toda la rabia de la enfermedad de mi madre. Le eché en cara que él, más que nadie, porque estaba todo el día junto a ella, no se hubiera dado cuenta antes de lo que sucedía.

Fue duro. El primer año ni siquiera le dirigía la palabra, después las cosas empezaron a cambiar.

Nunca ha intentado ejercer de padre, simplemente está cuando lo necesito.

—Sí que necesito algo, pero no lo podrás comprar en el supermercado.

Mira hacia Brielle que con semejante declaración se siente incómoda al momento. Se despide con un gesto de disculpa y entra a la casa. Edur se acerca hacia mí cuando nuestra vecina desaparece de nuestro campo de visión.

—¿Tiene que ver con tu sobrina? —Bajo el tono de voz. Nosotros dos no somos de grandes discursos, nos entendemos en los silencios.

—Sí. —Lo sabía, ha habido una mirada de melancolía desde que supo que iba a visitarlo—. Quiero recuperar el tiempo perdido con ella y siento que, si se queda en la casa del pueblo, va a poner todo tipo de excusas para no venir a visitarnos.

Guarda las manos en los pantalones marrones de pana y echa los hombros hacia delante, esperando mi respuesta.

—Quieres que me mude yo a la casa para dejarle libre mi habitación.

Edur es poco expresivo, es toda una suerte que conozca cada uno de sus gestos.

—No será por mucho tiempo.

Sé que le cuesta pedir este favor. El trabajo en el Rancho comienza pronto, siempre y cuando no tengamos rescates a horas intempestivas. Si no duermo en la casa, tendré que madrugar más y cambiar mis horarios.

—No te preocupes, después recojo mis cosas.

—Colden, se lo pediría a los demás, pero ya sabes cómo son con los cambios.

—Está todo bien. —Mantengo la mirada contra la de él. Sabe que no miento, puede que me esté guardando opiniones, pero si le he dicho que puede contar con ello, lo haré—. Vuelvo en una hora.

Encuentro las llaves y activo la cerradura para abrir la puerta.

Si la princesa tiene que estar cómoda, le aportaré toda la comodidad del mundo.

No te quedes sin tu ejemplar en:
www.nereapantiga.com